

Prácticas prostituyentes, cuerpos prostituidos: aspectos metodológicos de la investigación en clientes de prostitución

Leila Vecslir

UBA /UNS

leila.vecslir@yahoo.com; lvecslir@gmail.com

Introducción

El fenómeno de la prostitución ha sido abordado históricamente desde la trayectoria vital de la mujer prostituida, examinando el proceso por el cual llega a una situación de prostitución. En general, los desarrollos teóricos sobre prostitución analizan en las relaciones sociales que empujan y retienen a las mujeres dentro del sistema prostibulario pero solo eventualmente miran hacia el cliente. Desde el punto de vista de las mujeres, se estudian las condiciones de vida previas al reclutamiento, y a la cadena de violencias físicas y psicológicas que provoca la intervención en el mercado de los cuerpos. Para profundizar en la demanda de prostitución, una de las cuestiones fundamentales será también cómo ingresa un varón al sistema proxeneta y mediante qué mecanismos, discursos y legitimaciones permanece dentro del mismo como prostituyente.

Hoy resulta evidente la necesidad de abordar la demanda de prostitución desde una mirada sociológica que desnude la experiencia del cliente y ponga al descubierto que la demanda constituye el principal sostén económico y discursivo de la explotación del cuerpo femenino.

Así como la explotación sexual-comercial y el tráfico de personas para la industria del sexo no constituye un fenómeno reciente ni descubierto por azar, tampoco es azar que los estudios de género y la filosofía feminista hayan sido las vertientes del pensamiento que lo descubren como fenómeno social. La centralidad de la prostitución en los debates feministas se debe, por un lado, a la enorme red de explotación y violencia que sostiene y por otro lado, a su marginalidad absoluta dentro del saber académico tradicional.

El tráfico de mujeres y niñas para la explotación sexual constituye hoy en día, uno de los negocios más lucrativos junto con el tráfico de armas y drogas. Enormes redes de reclutamiento y traslado operan en países de origen y de destino, respectivamente, sosteniendo uno de los circuitos ilegales más salvajes e invisibilizados. Junto a los estados y las fuerzas del orden nacionales que participan directa e indirectamente del tráfico y la explotación, los clientes de prostitución fomentan el mercado de los cuerpos y las personas. Por otro lado, hoy más visible que nunca, el sistema prostibulario sigue siendo objeto de enormes ignorancias e inexcusables mitificaciones. La realidad demuestra que la verdad sobre el sistema prostibulario sigue silenciada a pesar de la creciente visibilidad de las mujeres prostituidas y que las prácticas prostituyentes todavía no son consideradas como prácticas analizables sociológicamente. Será tal vez porque estos temas requieren de un examen riguroso de las más profundas prácticas personales?

Sin embargo, y a pesar de la magnitud del delito frente al que nos encontramos, no hay estudios sobre las prácticas prostituyentes, la demanda dicho en términos económicos, que reproduce el sistema prostitucional es aún hoy un tema tabú.

Esta ausencia de la demanda como pilar del sistema de explotación sexual fue una de las cuestiones que nos obligó a darnos estrategias propias puesto que no teníamos bibliografía sobre este tema en particular, porque no había recomendaciones metodológicas sobre cómo conducir una entrevista en la que se tocan temas de la intimidad y de la sexualidad comerciadas, entre otros.

2. No hay recetas para el trabajo de campo

En general, las dificultades no se hallaron en la conformidad con la entrevista sino en la forma de guiar ese encuentro. Si bien hubo rechazos, acceder a los testimonios fue tal vez más simple de lo que imaginaba, teniendo en cuenta que el tema de investigación involucra una gran cantidad de aspectos relativos a la sexualidad, a lo corporal y lo íntimo. En ese sentido, hallar clientes dispuestos a relatar su experiencia resultó un poco más sencillo que organizar esa interacción en la que se juegan emociones diferentes del lado del entrevistador/a y el entrevistado. La opción por entrevistas abiertas y el análisis cualitativo de los registros se fundamenta en la necesidad de indagar en experiencias y

representaciones que el sujeto se hace de su propia práctica como prostituyente y mediante qué discursos se legitima como tal.

Para hallar clientes tuvimos que darnos distintas estrategias. Personalmente, sugerí en reuniones de amigos y gente conocida que me interesaba el tema y quería hacer entrevistas, algunos se propusieron a sí mismos como entrevistados mientras que a otros tuve que asegurarles el anonimato de su testimonio para que accedieran.

El rol del entrevistador, podía ejercer una gran influencia y sesgar la entrevista. En este sentido, mi intención no era ocultar mi punto de vista respecto de la explotación sexual sino que el mismo me guiara en la selección e identificación de los argumentos del entrevistado, tanto para retomar un tema como para reservarme comentarios. En este caso, el tema de investigación requiere una extraña combinación de indulgencia y firmeza. Indulgencia en tanto y en cuanto quienes abogamos por la causa de las mujeres, al enfrentarnos cara a cara con el prostituyente nos sentimos invadidas por la bronca y el rechazo. En ese sentido, debemos tomar distancia y evitar juzgar – al menos durante esas dos horas- apelando a la indulgencia. Luego firmeza, obtener la información que se busca, evitar los rodeos y las trampas de las idealizaciones que nos presenta el entrevistado. Nos exige también que estemos atentos para identificar los temas más delicados porque no sabemos cuándo se nos ofrecerá otro cliente resuelto a respondernos.

El tema nos obliga a tener presente el objetivo de investigación en todo momento: al llegar al lugar de la entrevista, en comentarios que parecían no ser centrales, en gestos y frases dispersas, y a identificarlo en las distintas dimensiones que surgen durante el encuentro. La clave está en retomar lo que trae el entrevistado y repreguntar en función de los contenidos que queremos recuperar.

Para este estudio resultó fundamental tomar registros mentales del lugar y de la personalidad del entrevistado para volcar en las notas de campo. Dejarse sorprender por el entrevistado fue el primer paso para estimular su relato. Existe también el recurso de la provocación, utilizando preguntas concretas y frases filosas cuando el entrevistado nos esquiva o escatima sus argumentos.

Tal vez lo más arduo fue desmenuzar esos relatos, que no constituyen testimonios lineales ni memorias organizadas sino narraciones que conjugan experiencias, opiniones, imágenes,

diversas dimensiones de la explotación sexual insertas en sus propias historias de vida, entre otros. Ese ejercicio permitió desvincularse del estereotipo de cliente y descubrir que no existen tales perfiles sino que clientes los hay en todas las clases sociales, zonas geográficas, en todas las ocupaciones, en todos los niveles de instrucción, en grupos con creencias religiosas y sin creencias religiosas, entre los adultos y los jóvenes, los adinerados, los trabajadores, los casados y los solteros, entre otros.

3. Registros y elaboración del texto

La desgrabación de las entrevistas tuvo momentos dolorosos y de mucho rechazo. A medida que avanzaba en las lecturas comprendía un poco más a que se referían los clientes con sus apreciaciones; cada vez mas explícitos eran los sobreentendidos. Uno de los problemas era que me generaban mucho rechazo y respondía con una especie de saturación personal al tema.

No obstante, la experiencia de las entrevistas me permitió considerar una cantidad de aspectos relativos a la explotación sexual y comercial de los cuerpos que jamás hubiera capturado de haberme quedado sólo con un marco teórico. Las entrevistas permitieron abrir el espectro de dimensiones en las que se cristaliza la demanda como explotación del cuerpo femenino. En este sentido, se acrecentaron los temas y dimensiones susceptibles de profundización. Lo que en un principio se cerraba en la condena moral y personal se abrió como campo de estudio y problema teórico. Así, emergieron dimensiones fundamentales de análisis: la primera experiencia como prostituyentes, el grupo de pares, el alcohol y los estupefacientes, la crianza, la masculinidad, las creencias morales o religiosas, la soledad, entre otros.

Personalmente, mi intención era producir un texto que pueda ser leído por distintos públicos, tanto personas volcadas a las ciencias sociales y/o la literatura como personas guiadas solamente por la curiosidad.

La confección del informe final estuvo guiada por una idea de presentar las distintas dimensiones del tema, agrupadas en tres ejes. El primero de ellos es *prácticas prostituyentes*, en donde se aborda la entrada de los clientes al mundo prostibulario, las distintas modalidades de demanda (individual y grupal) y el peso de la socialización masculina en las prácticas prostituyentes.

El segundo eje es, *dinero, poder y explotación* donde se busca ahondar en el carácter de la interacción entre un cuerpo prostituyente y un cuerpo prostituido. Propongo aquí una primigenia definición de demanda hecha en base a la interpretación de las narraciones de los clientes: la demanda de prostitución es el ejercicio de una violencia física y simbólica sobre una mujer que se ve forzada a representar a todas las mujeres y a ninguna mujer. Constituye, a su vez, una práctica avalada, disfrazada y naturalizada bajo las ficciones del “contrato entre iguales” y “la prostituta”

La ficción del “contrato entre iguales” encubre que el carácter social y macroestructural de la explotación sexual. Al aparecer el dinero en medio de dicha interacción, una situación de explotación se transforma en un servicio, intercambio voluntario entre partes iguales. Más aún, al aparecer el dinero, se oculta la trama social del sistema prostitucional para dejar solo actores aislados: una mujer que vende y un varón dispuesto a pagar.

Por otra parte, la “prostituta” invisibiliza las prácticas prostituyentes que dan origen a esta interacción. Los clientes se refieren espontáneamente a las mujeres prostituidas como prostitutas, nunca como mujeres. El ser una prostituta y no una mujer prostituida, implica que ella encarna una esencia y que el cliente desaparezca de esta relación social. En este sentido, el prostituyente vuelve a desaparecer del sistema prostitucional por cuanto las mujeres prostituidas no son efecto de su demanda sino de su propia esencia como prostitutas. Así *prostituta* es el concepto por el cual se petrifica a la mujer en prostitución y *cliente* es el varón realizando un contrato a través del dinero.

El último de los ejes es *lo normal, lo anormal y lo ignorado* en donde se indagan cuestiones relativas a las representaciones que los varones prostituyentes sostienen con respecto a las mujeres prostituidas, edifican jerarquías relativas a la exhuberancia del cuerpo, la nacionalidad, el pelo, la altura, los dientes, entre otros.

A modo de conclusión puede decirse que la falta de bibliografía relativa a la demanda de prostitución, aún en la filosofía feminista y los estudios de género, permitió abordar una temática por demás compleja. Estudiar la demanda de prostitución, el discurso prostituyente es el primer paso para descubrir las prácticas prostituyentes y sus efectos sobre las mujeres. De más está decir que la demanda promueve la oferta de cuerpos a manos del sistema prostibulario y que, los discursos sociales sobre la prostitución de los

que todo y todas somos artífices, legitiman y reproducen este comercio recubierto de mitificaciones y silencios.